



EL TRABAJO

CONFERENCIA leída en la Academia de los Caballeros de
la Inmaculada y San Ignacio, el día 29 de Mayo de 1927

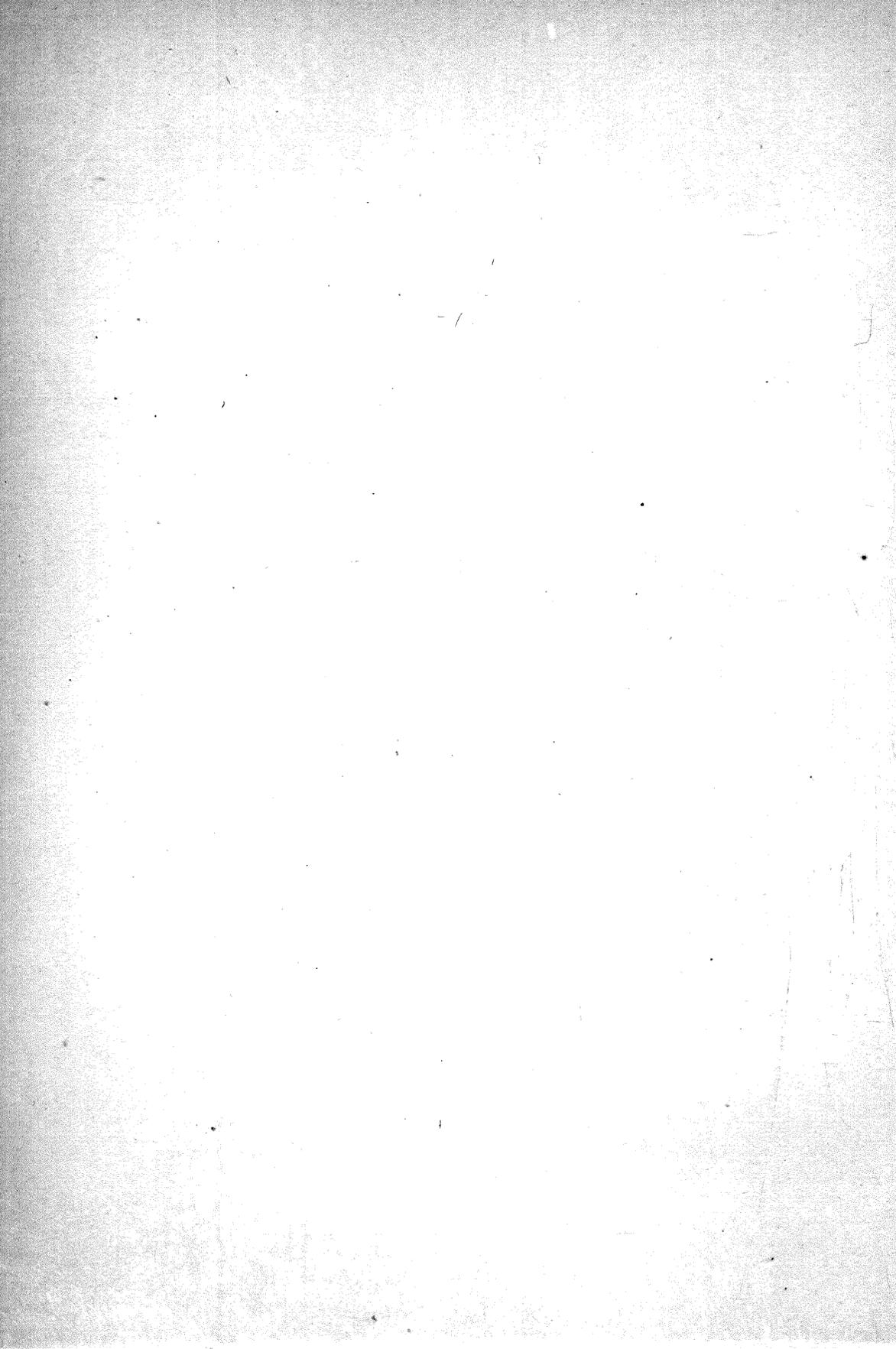
por

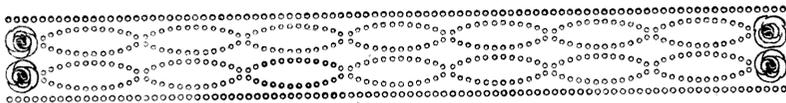
D. Andrés Cassinello y García

Prefecto de la Congregación

PUBLICADA POR LA
REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS ALMERIENSES

ALMERIA
PAPELERIA INGLESA
1927





EL TRABAJO

CONFERENCIA leída en la Academia de los Caballeros de la Inmaculada y San Ignacio, el día 29 de mayo pasado, por el Prefecto de la Congregación

D. Andrés Cassinello y García

Fuera descortesía, solicitar vuestra benevolencia. Quiera Dios que al terminar mi modesta labor, pueda sentirme tan seguro de ella, como lo estoy al empezarla, exponiendo en prosa desbarajustada—como mía—un tema sencillo, cumpliendo con ello el deber que el cargo me impone, deber que ya excluye la idea de voluntaria exhibición y me pone en mejores condiciones para merecerla.

La elección del tema, de índole jurídica, política, social, literaria o artística—de más o menos fácil desarrollo según las aptitudes del disertante—yó la encuentro expedita en la ocasión presente, después de nuestra determinación de crear las Escuelas para obreros y de conseguir para estos, todos los posibles beneficios, para mayor gloria de Dios y de la cultura general.

Y es claro que al hablar de los obreros—de nuestros obreros—que son gala de esta Congregación, en la labor

del Curso que hoy finaliza con la entrega de premios, surge inevitablemente la idea de *El Trabajo*, que será el tema de esta disertación.

Pero antes, permitidme que os diga algo de nuestras Escuelas. Siento comezón de hablaros de ellas. Han sido nuestra obsesión en el pasado curso. Queríamos ofrendar en beneficio de los obreros, nuestras actividades y nuestra voluntad, para producir un bien de incalculables consecuencias, ya que es más generoso que limitarse a cumplir solamente con el deber, luchar para que todos lo cumplan, aguijoneando al perezoso, alentando al débil y premiando al bueno. Porque el guerrero, no pelea solo por su libertad, sino por la ajena; el Apostol, no se limita a enseñar el Evangelio en su Cátedra, sino que extiende su jurisdicción a todas partes; el patriota, aspira a sobrepujarse de día en día, si soldado, para perpetuarse con hazañas resonantes, si sabio para descubrir verdades, si político, para que todos gocen los beneficios de su labor, si artista, para hacer sentir a todos las armonías de la belleza.

Y surgieron—como por ensalmo—las Escuelas para obreros, de esta Congregación, peregrinando en busca de recursos para sostenerlas, sin tropezar en nuestro camino con desabrimientos ni desmayos, sino antes por el contrario, con una albura de sentimientos, muy propia de los corazones sanos de los individuos que la forman.

Y a esas Escuelas—que han funcionado hasta hoy, que se entra en el obligado periodo de vacaciones—han acudido solícitos, más obreros—de todos los oficios y profesiones—de cuantos era posible enseñar, pugnando por dejar de ser analfabetos e ingresar en el mundo de los buenos, moral e intelectualmente.

Y aquí los teneis entre nosotros, a recoger los premios a que se han hecho acreedores en su fecunda labor, después de haber ofrendado a nuestro Dios su alma de cristianos y de recibir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, que como dijo San Agustín, es sacramento de

piedad, vínculo de caridad y señal y prenda de unidad.

Hemos empezado nuestra labor y hay que continuarla en cursos sucesivos, cada vez más amplios y repletos de obreros. Y hay que enseñar y más que todo despertar ideas y sentimientos. Mas que saber, importa la curiosidad espiritual, y las mejores palabras serán las que den más vuelo a nuestro pensamiento y nos hagan sentir algo inefable. Hay en el trascoro de la Catedral de Toledo esculpidas, estas admirables palabras: «Canta y Calla»; y a ellas hizo Calderón una glosa no menos admirable que dice: «O calla ó dí algo que mejor que callar sea». Y ese algo, es enseñar la verdad que se ama y nunca se estudia para que otros sepan que se sabe. Es un goce íntimo, como el de sentir la limpieza del cuerpo, aunque sepamos que no hemos de desnudarnos ante la gente para que lo vea. Es tanta la virtud de los buenos libros, que aún cerrados, nos hablan sin leerlos, nos comunican calor de inteligencia. Una gran biblioteca—dice un ilustre escritor—tiene algo de Cementerio; los libros parece que nos dicen: aquí yacemos; y cómo no se puede pasar nunca por un Cementerio sin que el silencio de la muerte nos proponga a nuestro pensamiento su enigma indecifrado, así los libros al pasar ante ellos inquietan nuestra curiosidad y la curiosidad inquietada ya es atisbo de sabiduría. Y hay que enseñar y educar a la par, para no caer en la célebre frase del no menos célebre P. Manjón, del *Cerrilismo* del Estado, que instruye pero no educa, dejando el corazón y la voluntad secos; y el cultivo de la inteligencia sin el corazón, hace a los hombres cerriles. Por eso dijo con razón Cervantes que «letras sin virtud, son perlas en un muladar».

Y basta de digresión, a la que nos ha llevado la exaltación del entusiasmo por la obra.

Volvemos al tema:

EL TRABAJO

¿Que es el trabajo?

Es el primer resorte de la actividad económica, el agente de la producción, el creador de los valores, el esfuerzo humano que tiende a la producción de la riqueza y en todas sus formas—intelectuales, técnicas y manuales—un deber social y una salvaguardia para el Estado.

Por eso, todos debemos trabajar. Sin el ejercicio de la actividad, que se consume en el esfuerzo de la producción, no podrían alcanzarse los medios propios para la vida. Job—inspirado por el Espíritu Santo,—escribió: «el hombre ha nacido para trabajar, como el ave para volar»—El trabajo es ley eterna del hombre anterior a la caída, que no fué colocado en el Paraíso para holgar sino «para custodiarlo y labrarlo». Dios además le dió ejemplo, trabajando seis días y descansando el séptimo. La caída, añadió a la ley del trabajo una pena, un dolor y continuó siendo ley más penosa. Mas como el bálsamo no se obtiene, sin la herida del árbol que lo produce, el trabajo tiene su herida dolorosa que con aquel se restaura. Siempre el trabajo y el trabajo penoso, será la ley del género humano. «Con el sudor de tu frente comerás el pan». San Pablo, el Apostol de las gentes, dió ejemplo y aún sujetó el derecho de comer, al hecho de trabajar: «el que no trabaje, que no coma». La conquista del mundo—dice el Obispo de Vich—se obtiene con el trabajo, instrumento humano de perfección.

Este tiene, pues, caracteres esenciales. Es un medio para ganarse el pan, una fatiga, y un poder moralizador por excelencia, que realza y dignifica al hombre. Estos aspectos contradictorios, el lado desagradable y doloroso y el lado que ennoblece, que moraliza, que recompensa, se explican por las relaciones entre el hombre y Dios y con el pecado, siendo por consiguiente una pena y un medio de reconciliación con Dios. El Cristianismo nos hace comprender la causa del trabajo, las misteriosas oposiciones que presenta y su fuerza moral, la doctrina de la dignidad humana que señala el deber que in-

cumbe a cada individuo de trabajar en el desarrollo de todas sus facultades. El hombre debe ayudarse a sí mismo; es una ley fundamental de su naturaleza él no poder participar de cuanto hay de grande y bueno, más que en justa proporción al desenvolvimiento que dé a sus facultades. Por eso el Cristianismo coloca a la pereza entre los siete pecados capitales, y la gran masa de vagos, que alguien ha denominado ex-hombres, que subsiste merced a la mendicidad y a la piedad ajena, jamás puede ser considerada como trabajadora, aunque luchando por la existencia impulse a los individuos que la forman, a realizar actividades que no son ni pueden ser nunca trabajo. Este es la salvación, porque el solo puede engendrar el sentimiento de fraternidad, que exige el contacto de unos hombres con otros. Así la guerra civilizada que coloca a los hombres a distancia, es salvaje, porque impide que se muestre la piedad al que lucha de lejos, que mata siempre que acierta a matar, mientras que el que lucha cuerpo a cuerpo, unas veces mata y otras veces se compadece y perdona.

Los hechos económicos se originan, por la necesidad, por el trabajo y por la satisfacción. El hombre siente necesidades de todo orden que no puede satisfacer sin el trabajo, el que poniendo en ejercicio su actividad, inquieta, descubre, explota, fecunda, transforma y cumple sus deseos, todo lo que es una pena menor que la necesidad, que desaparece con la satisfacción de haberla atendido, más intensa que el dolor del esfuerzo para alcanzarla.

Y siente necesidades espirituales, en sus múltiples formas de intelectuales, artísticas, morales, religiosas y sociales; y siente necesidades materiales para conservar la salud y por satisfacerlos lucha, aunque no siempre sirven sus actividades para estos fines, pues a las veces, sentimos necesidad no de la verdad sino del error; no de lo bello, sino de lo grosero, no del bien moral, sino del que corrompe el corazón, no de lo que alienta nuestro

amor a Dios, sino de lo que promueve la superstición y el ateísmo, no de lo que fomenta las relaciones sociales, sino de lo que produce crímenes; y en el orden material, no de lo que conserva la salud, sino de lo que la debilita, enerva y destruye. Esas necesidades son irracionales, injustas, inmorales y frívolas.

Todas se satisfacen con el trabajo y por él, ni los tormentos arredran al hombre, ni las montañas lo detienen, ni los hielos le espantan, ni los frios le intimidan, ni las tinieblas de la ignorancia le impiden llegar al conocimiento de la verdad. La necesidad, origen de la abundancia, inspiró a los antiguos hacer madre del trabajo a Penia, diosa de la pobreza.

El trabajo es también un deber y un deber inexcusable. Deber consigo mismo, con sus semejantes y con Dios. El que no trabaja, enerva su cuerpo, oscurece su entendimiento, embota su sensibilidad y corrompe el corazón; no se presta a las recíprocas prestaciones con los demás hombres y en su indiferencia religiosa, debilita su sentido moral. La blasfemia que insulta a Dios y el sacrilegio que lo enardece, amenguan el respeto obligado a toda autoridad.

Por eso el trabajo es voluntario, para dejar al hombre en la plena responsabilidad de sus actos; es libre, porque sin esa precisa condición, no hay mérito ni demérito en las acciones humanas; es espiritual o corpóreo, según el predominio que dé a sus facultades; es social, yá que ni la sociedad puede vivir sin la producción, ni esta sin aquella; está sugeto necesariamente a jerarquías, por la desigualdad y eficacia de cada uno y su móvil es la necesidad y el placer de luchar con las dificultades y vencerlas.

Son los hombres a modo de jardineros del jardín de su alma. Cuando ellos lo abandonan permitiendo que la sequía del corazón lo agote, se hacen reos de un delito contra sí mismos. El hombre debe labrarse su propia personalidad por medio del trabajo, algo que hacemos

nosotros mismos por virtud de nuestras facultades y energías, algo que no se concibe sin la acción combinada de dolores y vigiliass, representadas por un continuo y merítisimo sacrificio.—¡Cuanto no debió pensar, y sufrir y esforzarse aquel gran Sixto V, que llegó de mísero guardián de paquidermos a rector de almas y Jefe de la Iglesia Católica! Y es, que en la vida, precisa acariciar siempre un ideal. El personaje principal del *Centenario*, la hermosa Comedia de los hermanos Quintero, es un anciano que acaba de cumplir los cien años, ágil de cuerpo, brioso de espíritu, lúcido de alma, cuyas facultades conserva, porque no dejó extinguirse en su cerebro, la luz divina de los sueños.

El trabajo, que hoy es signo de redención, en las sociedades precristianas era considerado como indigno y al trabajador como envilecido. Las más preclaras inteligencias de la antigüedad, así lo afirmaron. Aristóteles decía que ciertos hombres—a los que denominaba máquinas animales y propiedades vivientes—nacían destinados naturalmente para ser esclavos; Platón, aconseja tratar a estos con dureza, hablando con desprecio de los viles artesanos; Cicerón, tenía por bajo é indigno de un hombre libre la profesión de mercenario; Séneca, que defendió a los esclavos contra el despotismo de su tiempo, participó de las preocupaciones comunes en cuanto a los trabajos manuales y Varrón, pone en igual escala al asno, al buey y al esclavo. Entre los salvajes, el trabajo se conceptua vilipendio; una pereza instintiva, les lleva a la inacción. Entre los orientales, hay un proverbio por el cual se expresa, que lo mejor es no hacer nada, estando mejor sentado que de pié, echado que sentado, muerto que vivo, llegando el budismo a presentar como ideal de la vida, el de una situación en la cual el hombre estuviera absolutamente inactivo y viviendo como una lámpara que arde sin sentirse perpetuamente suspendida en lugar en que el viento no corriera.

La esclavitud, origen de estos profundos errores, na-

ció en los tiempos primitivos en que la fuerza fué casi la única fuente del derecho. Motivos incesantes de lucha separaron a los pueblos y la guerra era la ocupación necesaria y la más preciada de los hombres. Cuando la caza y los despojos del enemigo fueron insuficientes para alimentar la población progresiva de aquellos tiempos, se hizo necesario cuidar de los ganados y cultivar la tierra; de esta ocupación penosa que exijía tiempo y vagar y no podía desempeñarse por los guerreros siempre dispuestos a atacar o defenderse, surgió la idea de emplear en ella a los vencidos, reduciéndolos a la esclavitud. Se creyó, que la victoria que daba derecho al vencedor para matar a los prisioneros, le daba también el de hacerlos esclavos. Esta fué la opinión general de los pueblos antiguos y por eso llegaron a ser tan numerosos los esclavos, lo mismo en los Imperios de Oriente, que en Grecia y Roma. El pueblo griego despreciaba el trabajo manual, que era cosa de esclavos, con los que no tenían caridad, considerándolos como una cosa susceptible de propiedad privada, un instrumento al servicio del hombre libre. Los romanos, compartían las ideas de los griegos sobre la esclavitud y el trabajo, dando a los esclavos trato aún más duro y cruel que aquellos y lo mismo sucedía en los demás pueblos paganos.

Jesucristo hizo salir al mundo de esta situación miserable. No solo libertó las almas de las cadenas del pecado, sino que dió a los obreros una existencia nueva: la verdad sublime de la Escritura. «Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza». Y rompió con su mano poderosa las cadenas de la esclavitud que comenaron a caer de los brazos que las sujetaban, siendo la manera de operar esta liberación tan admirable, que los esclavos cristianos no hicieron una sola tentativa para obtenerla por medios violentos. El Apóstol San Pablo nos muestra con un ejemplo, como el Cristianismo pudo resolver el problema. El esclavo Onésimo, que había huido de casa de su amo, se fué a Roma y se hizo cris-

tiano. San Pablo le hizo volver a presentarse a su dueño, con una carta—la epístola a Filemón—que puede considerarse como el acta de emancipación anticipada de todos los esclavos. Y los consejos del Apostol eran seguidos y tras del trato de hermanos, se les devolvía poco a poco la libertad.

Y el trabajo, que fué signo de indignidad y esclavitud, se convirtió en signo de redención por el Evangelio y por la Cruz. El Evangelio que es el perpetuo llamamiento a la piedad, al sacrificio, a la mansedumbre; leyenda que educa y prepara el corazón para el ejercicio del bien, tenaz estímulo que promueve el desinterés y el espiritualismo. La Cruz, que es el eje de la Historia, el imán de todas las aristocracias del espíritu; árbol en cuyas ramas hicieron sus nidos las aves del sentimiento, del arte, de la poesía, de la belleza y a cuya sombra se han cobijado durante veinte siglos, cuantas generaciones marcharon por los caminos luminosos de la civilización. Y en aquel horrisono *Coliseo* romano, maldición de la historia, en el que los Emperadores desde el *Podium*, se solazaban en fiestas que duraban cien días, viendo muertos en la arena a los esclavos, a los cautivos, a los cristianos, a los gladiadores, se levanta hoy en su centro la Santa Cruz y los sermones predicados desde el lugar que ocupaban los Emperadores, se escuchan ahora por el pueblo cristiano, desde las mismas gradas desde las que antes vieron aquellos sanguinarios paganos, morir a los esclavos, destrozados por las fieras.

La obra de dignificación del trabajo realizada por el Cristianismo, tuvo en la Edad media su mayor época de grandeza y encontró en ella garantizada la «eminente dignidad» de que habla León XIII. Después, el virus del paganismo introducido en la sociedad por el Renacimiento, trajo un eclipse a esta obra redentora, que produjo en el orden social, fatales consecuencias. Por fortuna, ya están sobre el horizonte los resplandores de esa *lumen in caelo*, hermosa aurora que nos anuncia otra vez

el Sol de justicia de la verdad católico-social.

Porqué el trabajo, sobre todo el trabajo en común, plantea problemas, unos resueltos, otros en vías de solución y otros de difícil planteamiento, que solo podemos enumerar, pues se necesitarían muchas conferencias para desenvolverlos. Ocupa el primer lugar, la disminución de las horas de labor, los días de descanso, la prohibición del trabajo a los niños, a las mujeres casadas, a las hijas de familia cuando lo hagan en las fábricas, los accidentes acaecidos en el cumplimiento del deber; el segundo, los problemas del salario y las cooperativas obreras y el tercero, la preponderancia del capital, la existencia de las máquinas, la tendencia a la asociación, las huelgas, el socialismo, la creación del Estado financiero, el derecho a trabajar y la lucha de clases. Muchos de estos problemas, responden á lo que llamaríamos ideas picudas. Un distinguido escritor dividía las ideas en picudas ó que incitan a la lucha y ideas redondas, que inspiran solo amor y paz—Y la idea del trabajo, no es de lucha, es de conciliación y de concordia, es un sentimiento de fraternidad que excluye el odio y la venganza, es una idea redonda inspirada solamente por sentimientos altruistas, que barren ese aire desvitalizado que respiran algunos hombres.

El catolicismo dá solución a todos los problemas que entraña el trabajo: la solidaridad en el trabajo, la vida por el trabajo, la riqueza según el trabajo, dice el Abate Calippe; todos deben trabajar o haber trabajado; todos deben gozar de libertad en el trabajo, todos han de poder mejorar su condición con el propio trabajo, según el Abate Naudet, cuyas fórmulas están apoyadas y confirmados con las enseñanzas de la magna Encíclica *Rerum novarum* del Papa inmortal.

Y sobre todo, el amor de la humanidad, el amor de los hombres entre sí.

¡Quién pudiera pintar el cuadro de aquel taller de Nazaret! José y Jesús ejercían en la paz de su hogar, el

oficio de carpinteros y carpinteros de basto—carros, arados, yugos—pues la condición de la aldea no consentía mayores refinamientos. Y en esa paz y en ese amor al trabajo, vivió el Redentor del mundo desde los 12 hasta los 30 años, aprovechando sus ratos de vagar en los paseos por el campo, alternando con el sembrador y arrancando con él a veces la cizaña; acompañando a los pastores y ayudándoles quizá a buscar la oveja perdida; escuchando de algún padre abandonado la historia del hijo pródigo; sesteando bajo alguna higuera estéril; alegrándose en el tiempo de la mies y la vendimia; admirando la elegancia de las anémonas y de los lirios del campo, el florecer del heno, el volar libre y animoso de los pajarillos, todo aquello, en fin, de que después había de deducir las parábolas y explicaciones, llenas de nunca oída sabiduría. Y Jesús—muerto ya José—cuando llegó a su completa virilidad, pudo, el solo, ganar con su sudor el sustento propio y el de su madre, quedando dueño del taller y dando gran ejemplo de amor, de dedicar él, el Redentor y Maestro al trabajo, la mayor y mas florida parte de su vida. Y así bajó el Sol a la hondonada del valle, sin perder su magestad de Sol.

Ese es el cuadro divino del trabajo. El cuadro humano, es mas difícil de pintar que de sentir.

La luz alegre y reidora de un cielo sereno, alumbrando el espacio; el Sol flameando sobre los verdes campos; los pájaros con su grato canturreo, alegran el espíritu; las flores silvestres embalsaman el ambiente y el hombre recio y brioso, ofrenda su trabajo honrado, riega la tierra con el sudor de su frente y eleva a Dios una plegaria de gratitud, porqué con su esfuerzo germina el grano, acude a sus necesidades y cumple con su deber.

Tal es la virtud y eficacia del trabajo. La poesía, que expresa con palabras, un encanto que no cabe en las palabras, dice lo que es el trabajo por boca de Gabriel y Galán, el malogrado poeta de las esencias hispanas, en aquellos versos popularísimos

Redimes y ennobleces,
fecundas, regeneras, enriqueces,
alegras, perfeccionas, multiplicas,
el cuerpo fortaleces
y el alma en tus crisoles purificas.

Y ese es el trabajo; plegaria que obra milagros, trasmuta el cerebro indolente a quien otorga el excelso don de crear y hasta las manos se transforman en exquisitos instrumentos de precisión. Es virtud, es caridad, es vida; es pan en el hogar del pobre, que necesitan los hijos y que éstos devolverán a sus padres, cuando no puedan sostener las herramientas; es caudal indispensable para educar a los suyos; es orden y comodidad en el ajuar de la vivienda modesta; es disciplina de la vida, sin la que no se concibe un hogar feliz; es bocado que sujeta al corcel fogoso de las pasiones que forcejean para desencadenarse; es derivativo del tedio y de todas las hijuelas del tedio que son los vicios; es ahorro para la vejez solitaria y triste y para la enfermedad que acecha; es el porvenir de los hijos y el gran factor del progreso social.

He dicho.





